

el rol del estado en la distribución del ingreso¹

Por iniciativa del Departamento de Economía Política y Sistema Mundial del Centro Cultural de la Cooperación "Floreal Gorini", el 26 de agosto pasado, tuvo lugar en la Sala Solidaridad la charla-debate "El rol de Estado en la distribución del ingreso", con la participación de los economistas Abraham Gak y Carlos Heller como oradores.

Ante una gran cantidad de público, los panelistas abordaron la importancia de la intervención estatal en la regulación de los mercados y las razones por las cuales sostienen que el Estado es el principal actor para intervenir sobre la distribución del ingreso.

Asimismo, ambos hicieron referencia a las distintas actividades que requieren regulación para que sus efectos no impacten negativamente sobre la distribución del ingreso y el crecimiento de la economía, y plantearon la necesidad de la participación del sector de la economía social en la búsqueda de un modelo de equidad.

La distribución del ingreso: el mayor déficit de la Argentina

Abraham Leonardo Gak²

Quiero agradecer esta invitación muy particularmente. En primer lugar, porque admiro el trabajo del Centro Cultural; pero sobre todo porque pienso en lo que ha sido y será el Banco Credicoop, una institución que ha sabido sobrevivir en años en que muchos murieron. No es un mérito casual: la fuerza que el Banco tiene para continuar no se la da sólo su pertenencia al movimiento cooperativo, sino la forma de trabajar con la comunidad. Ese vínculo esencial está desarrollándose crecientemente; es algo más que

(1) Las intervenciones que aquí se publican fueron realizadas en la charla-debate homónima, organizada por el Departamento de Economía Política y Sistema Mundial del Centro Cultural de la Cooperación "Floreal Gorini", que tuvo lugar el 26 de agosto de 2008, en la Sala Solidaridad del CCC.

(2) Profesor honorario de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA y ex rector del colegio Carlos Pellegrini. Actualmente dirige el proyecto estratégico Plan Fénix.

meritorio y me enorgullece que me hayan invitado, además de colmarme de placer compartir la mesa con ustedes: es una mesa de amigos.

Para hablar de la distribución equitativa del ingreso se debe hacer un pequeño **pantallazo de cómo estamos hoy en la Argentina** desde el punto de vista económico. A pesar de que me voy a referir exclusivamente a cuestiones económicas, quiero señalar que no separo en absoluto la economía de la política; en muchos casos, por lo tanto, me referiré sobre esos aspectos esenciales: la política es inseparable de la economía y, como dijo mi maestro Leopoldo Portnoy, “si la economía no le sirve al hombre, no sirve de nada”, concepción que nos guía a los presentes en esta mesa.

En este momento, en Argentina, existe una presencia de un partido de fuertes intereses mediáticos que nos quiere hacer creer que estamos viviendo en el peor de los mundos y en enormes dificultades. Yo creo que no es así, y que si no partimos de situaciones reales y objetivas, será muy difícil elaborar diagnósticos y propuestas.

En cuanto al **crecimiento**, seguimos creciendo con valores elevados. Sólo falta medio año para poder decir que terminamos el 2008 con los niveles de crecimiento que hemos tenido en los últimos años. Yo, que nací y moriré optimista, creo que vamos a llegar a guarismos muy parecidos, ya que la realidad muestra que vamos en ese camino (quizás medio o un punto menos). La Argentina sigue creciendo a los niveles de los últimos años.

En cuanto a la **inversión**, motor fundamental para el desarrollo y para el crecimiento, está en niveles altísimos: 24% en cuanto al producto bruto, un nivel de inversión que no hemos tenido en decenas de años. La Argentina, en materia de relación de la inversión respecto del producto bruto, está en el lugar 15 entre cien países. Tal vez ustedes no me quieran creer si afirmo que la inversión de Argentina en relación al producto bruto es superior a la de Estados Unidos en este momento, pero así es.

El **desempleo** está cifrado en un 18%, aunque quizás sea algo superior, ya que tenemos el problema de que hay información estadística con poca credibilidad. Algunos calculan que siendo la tasa de inflación y el ajuste de los precios superior a lo que indica el INDEC, el porcentaje de desempleo y el de la pobreza será superior.

Los **depósitos bancarios** siguen subiendo levemente en valores nominales, hay un “amesetamiento” leve en valores reales, la monetización en relación con el nivel de actividad se ha reducido moderadamente en el 2008, los créditos del sector privado siguen en leve alza. El superávit primario lo estimamos (suponiendo que

no suceda ningún cataclismo de acá a fin de año), en el 3 y medio %, al cual habrá que deducir seguramente un medio % del déficit de las provincias; el consolidado será entonces del 3%, similar (un poco menor) al número de años anteriores.

Los **intereses de la deuda pública** representan hoy menos del 2% del PBI. En 2001 eran del 3.8%, es decir que el peso que tienen es prácticamente la mitad. Y si bien la deuda pública alcanzó los niveles de 2001, que es el caballito de batalla que se usa y escuchamos en todos los medios, especialmente por parte de distinguidos economistas ortodoxos, se omiten pequeños detalles, entre ellos señalar que los plazos de amortización son sustancialmente mayores a los que tenía la Argentina en 2001. Más del 40% de la deuda pública argentina está en pesos y no en moneda extranjera, lo que no es un detalle menor. El PBI de 2007 es un 50% mayor que el de 2001; la deuda pública que en Argentina en 2001 era el 100% del producto bruto, en este momento es del 53%, con lo cual toda esta idea del default y de que nuestro país no puede pagar sus compromisos es realmente hojarasca que no resiste discusión.

El sector externo va a terminar seguramente con un superávit del orden de los 10 mil millones de dólares, tal vez un poco menos que años anteriores pero no mucho menos.

Las **amortizaciones de deudas públicas** que tiene la Argentina en 2008 están prácticamente resueltas y atendidas; de acá a fin de año no se prevé ningún inconveniente de importancia. Para 2009 se calcula una necesidad de 18 mil millones de dólares, de los cuales el superávit va a ofrecer 10 mil millones y va a haber que salir a buscar 8 mil millones de dólares, que de ningún modo puede significar una traba importante como para que la Argentina pueda atender la situación, a menos que suceda un cataclismo.

Veamos ahora las dificultades

A nuestro criterio, el mayor déficit que tiene la Argentina es la **distribución inequitativa del ingreso**. No ha habido cambios sustantivos desde hace muchos años; en cambio, se ha incrementado en los últimos decenios. Estamos lejos del 50 y 50 que tuvimos en algún momento en nuestro país: 50% sector asalariado, 50% sector del capital. De todos modos, me parece que en esto el gobierno ha cometido un gravísimo error al no atender el tema inflacionario: en primer lugar porque ha destruido la credibilidad de la información estadística oficial, que es un bien público y una necesidad de toda la población y no pertenece de ningún modo al gobierno de turno. Es la base para poder elaborar caminos por seguir, y todavía no está resuelto.

Por otro lado, yo creo que el gobierno hizo una apuesta equivocada en la búsqueda de acuerdos de precio. Ha pensado que podía constituirse o negociar con grupos oligopólicos o monopólicos “amigos”, pensando que iban a aceptar y contribuir, porque son los grandes generadores de los precios; que iban a aceptar un acuerdo, un arreglo con el gobierno. Y eso no ha sucedido. El gobierno no ha confiado en la multiplicidad de pequeñas y grandes empresas con las cuales podría haber negociado en otras condiciones y en tener mejores resultados con el tema inflacionario que afecta también, obviamente, a la distribución del ingreso.

Pobreza seguimos teniendo en un orden del 20%, cifra superior a la que llegó a tener la Argentina; en ese tema también tenemos que trabajar fuertemente. La indigencia, si bien está en niveles que han descendido considerablemente con respecto a 2001, orilla el 6%, cifra absolutamente inaceptable. El índice superior a 0 es una vergüenza y una responsabilidad que nos cabe a todos; no debería existir.

En el **comercio exterior** tenemos un incremento muy importante de las importaciones, acompañado por un crecimiento en materia de exportaciones. Pero en esto existe un detalle que debemos tomar en cuenta: las exportaciones, sobre todo de los productos primarios y la manufactura de origen agropecuario, han crecido más en precio que en volumen, que en cantidad. Estamos de alguna manera utilizando la oportunidad que da el incremento internacional de los precios de estos productos que exportamos para compensar el incremento de las importaciones. Me parece que, tarde o temprano, la Argentina va a tener que tomar medidas para controlar la compra de productos del exterior, y para ello es imprescindible generar un “plan agropecuario-nacional”. Hace tres años que las entidades empresarias vinculadas al agro están exigiendo planes y batallando con ello, y el gobierno dice que se va a hacer, pero resulta que cambia el Ministro de Agricultura y viene con una carpetita bajo el brazo diciendo que el INTA tiene un plan para duplicar las exportaciones hasta 2015. Y uno se pregunta si no se comunican entre sí. Había un plan estudiado por gente capaz y hay que llevarlo a cabo; eso es en definitiva lo que hay que hacer. Me parece que hay un teléfono cortado para resolver esta cuestión que puede ser de bastante gravedad.

Las importaciones crecieron un 45% más que en 2007. Los bienes de capital, lo que nos interesa realmente como exportación y va a generar mayor producción, representan el 22%; el remanente son bienes de consumo o intermedios, y esto tiene que realmente ser atendido.

En muchos países, la distribución del ingreso, la mejora de la situación económica en general, se apoyó en la existencia de una burguesía nacional que acompañó planes muy concretos de expansión productiva. En la Argentina, en mi opinión personal, eso no lo tenemos. En ese sentido, el que

tiene que resolver el problema de promover el desarrollo económico, y con ello una justa distribución de la riqueza, es el Estado. En todo el mundo la presencia del Estado es importante, a mi juicio, en nuestro caso y hoy, es un dato imprescindible. Si el Estado no formula los mecanismos necesarios para acompañar y desarrollar la producción, las distintas producciones, la generación de un proyecto industrial, yo creo que no va a haber otro sector que pueda promoverlo. Los demás sectores sueñan con que el mercado es el mejor generador de los recursos, con lo cual están soñando con volver para atrás, lo que creo que hay que evitar a toda costa.

La **primera medida distributiva fundamental es el empleo**. En Argentina se han generado empleos, en estos cinco años, en un volumen más que significativo: más de tres millones de puestos de trabajo. Sin embargo, no ha sido equilibrada esa incorporación ni la relación entre el empleo registrado y el no registrado. Del orden del 40% de las personas que están empleadas, trabajan en negro. Esto genera diferencias de retribución muy importantes y significativas. Los sectores asalariados que trabajan en blanco y que tienen sindicatos que los defienden han mejorado sus ingresos y han tenido aumentos del orden del 170% en los últimos cinco años; esa cifra es muchísimo menor en el sector no registrado (apenas sobrepasa el 100%). Debo reconocer en esto que el Ministerio de Trabajo está dedicado fuertemente a combatir esto; pero hete aquí que las inspecciones de trabajo en el interior del país son jurisdicción de las provincias, y allí hay un déficit fenomenal. Hay provincias que tienen 15 inspectores de trabajo; con ellos es imposible verificar nada. Y no hablemos del campo, porque sabemos que ese sector viola claramente las disposiciones legales.

Otra cuestión importante es el trabajo infantil, algo que nos debería indignar a todos. En algunas ciudades es fácil resolverlo, en otras es más difícil. En el agro es más difícil de controlar porque está más disperso; es muy difícil disolver costumbres tradicionales de la colaboración de los niños en el trabajo familiar y también hay que entender que el sector del agro es muy peligroso: estos niños que trabajan sufren riesgos mayores que en otros lugares. Esta presencia del trabajo infantil es normal, ha quedado instalada bajo nuestra mirada; se me encoje el corazón viendo chiquitos de ocho años arrastrando enormes bolsas con cartón a las once de la noche por nuestra ciudad. Todos pasamos y lo vemos, pero ninguno de nosotros se avergüenza terriblemente por lo que sucede. Es una cuestión fundamental en la justicia distributiva, porque no cabe ninguna duda de que en la distribución del ingreso intergeneracional los chicos son los grandes perdedores.

Ha habido más de setecientos acuerdos salariales a principios de este año, creo que se han instalado los convenios salariales anuales y que es un detalle importante; pero ahí falta quien defienda a los que no están, a los invisibles

en este proceso económico. Hemos salido de condiciones muy difíciles, pero hay muchos sectores que no tienen quién piense por ellos aún. Extender el salario familiar a todos los trabajadores me parece imprescindible.

Hablando con el doctor Recalde, diputado nacional vinculado a los sectores de Trabajo, me planteaba la idea de una ley que hiciera que un empleado, con sólo probar que está trabajando pueda requerir en el Ministerio que le paguen el salario familiar, sin necesidad de requerírsele al patrón ni que éste intervenga para hacerlo. Me parece que no es mala idea, y que se debería extender el subsidio para los jóvenes en forma universal, pero viendo algunos números me parece que es un tema que se debe estudiar con más detalle. En Argentina hay 3 millones de niños de cero a cuatro años; para darles un subsidio sería necesario disponer de un porcentaje del producto bruto del que tal vez no se pueda disponer.

Por otro lado, no se puede hablar de redistribución del ingreso sin hablar de **reforma tributaria**. En Argentina hay un sistema regresivo, donde el peso principal está puesto en los impuestos al consumo. Trasladarlo a impuestos que afecten a la riqueza y a la exteriorización de la riqueza me parece fundamental; en esto también hay una asignatura pendiente. Si le piden a las universidades que elaboren un proyecto de reforma tributaria, yo creo que con 30 días nos sobra para presentarlo, ya que está escrito, presentado, discutido en todos los congresos habidos y por haber vinculados a la profesión. Yo creo que es algo que no se ha querido hacer para no irritar a los sectores del poder, pero que hay que hacerlo; de la misma manera (sin entrar en los detalles de la reforma tributaria para no extenderme demasiado), creo que hay que volver a instalar el impuesto a la herencia.

Cuando digo esto me miran y sonríen pensando en el revuelo que causaría lo que he dicho, pero realmente creo que hemos perdido una gran oportunidad. En 2002, la Argentina tenía el poder político para instalar eso y hacer la reforma: en el terror que teníamos por sucumbir, la resistencia hubiera sido diferente. Hoy las cosas han cambiado, de todos modos hay que instalar en la agenda la discusión y seguir adelante con el tema.

Con respecto al mantenimiento de los derechos de exportación, me niego a decir que la retención es un impuesto; es un derecho de la exportación y forma parte de las estrategias de tipos de cambio múltiples, etc., que han ensayado más de cincuenta países y que actualmente tienen en algún sentido. Es un mecanismo que me parece fundamental, porque en este momento en que los precios internacionales de los productos que nosotros exportamos y que usamos para comer han sufrido los incrementos que han tenido; realmente si no desconectamos los precios internos de los externos, tendremos dificultades muy serias para atender las condiciones de vida de la mayoría de la población. Uno muchas

veces se sorprende de que la gente que uno defiende esté aplaudiendo a quien no tiene que aplaudir; existen renuncias ideológicas graves que hay que señalar con claridad y marcar quiénes son para que no vuelvan a cambiar su discurso cuando las cosas cambien. Han mostrado qué se pretende, qué intereses se defienden. Detrás del vocinglearo de pequeños y medianos productores estaban los grandes tenedores de tierras invisibles, la gran oligarquía terrateniente que sigue siendo oligarquía terrateniente y que son los que han terminado ganando (los otros, asombrados, han visto que fueron comparsa en un negocio fundamental que está en manos de los otros). Me enerva pensar que tengo que meditar cómo le resuelvo un problema a un pobre tenedor de tierra con 150 hectáreas en la zona de la pampa húmeda, cuando está sentado sobre un millón y medio de dólares como mínimo, cuando la arrienda y vive en la ciudad (porque no es cierto que trabaja la tierra en el campo) muy cómodamente. No se justifica cómo estos pobres agricultores que trabajan de sol a sol viven en casas de 150 mil dólares y edifican en pueblos edificios de cinco, seis, quince pisos, como en Pergamino. Me indigna la debilidad que ha tenido el gobierno para enfrentar estos intereses. Hemos estado discutiendo no por los pobres, por los que no tienen qué comer, por los que no llegan a fin de mes, sino por señores que tienen seguramente mucho más dinero que todos ustedes.

Finalmente, me referiré a una herramienta fundamental en la distribución del ingreso. Un distinguido economista, Julio Olivera, dice que es la matriz fundamental de la crisis estructural de la Argentina: la **no suficiente producción de bienes públicos**. En esto, el Estado tiene un papel fundamental, especialmente en la construcción de viviendas. Hay que implementar planes de vivienda populares, que son imprescindibles pero que requieren un mecanismo financiero muy ajustado y de gran valor.

El otro tema fundamental y que hace al futuro del país es la **educación**. Si no modificamos el sistema educativo argentino (y eso no significa otorgarle más dinero solamente), cambiando los paradigmas sobre los que está construida la escuela argentina, no vamos a cambiar, y yo me temo que cuando dentro de 15 o 20 años esos chicos que estudian hoy ocupen los lugares que hoy ocupamos nosotros, no estarán capacitados. No proveemos los recursos necesarios ni vemos la educación como la preparación de los jóvenes para ser buenos ciudadanos. Si no tenemos eso, todo lo demás no va a servir, va a seguir siendo un país para pocos. Si los sectores más desprotegidos no pueden mandar a sus hijos a la universidad, el país no va a cambiar; porque van a seguir siendo los hijos de los ricos los que van a seguir gobernando y replicando el mismo sistema económico que tenemos ahora. Sin eso no hay cambio.

Obviamente, cuando uno habla de **salud**, habla de una cuestión fundamental que debe acompañar ese proceso de educación. En ese sentido, el

Estado no se puede privar de su responsabilidad. Se han hecho importantes mejoras en sentido cuantitativo invirtiendo dinero en educación y salud, pero no se ha hecho en la manera suficiente ni bien. Hace falta un vínculo estrecho entre quienes gobiernan, las universidades y los centros de investigación. Parecería que vivimos en compartimientos estancos que no se comunican ni les importa qué hacen los otros, y esto realmente es responsabilidad de los universitarios, que no se preocupan por lo que pasa en el país en serio, y por otra parte, del Estado, que no se ve obligado a utilizar esos recursos intelectuales que podrían resolver muchos problemas que tenemos.

Todo esto debe estar enmarcado en la resolución y consenso de tener un **plan apropiado**. En estos meses estamos discutiendo el modelo económico: si nuestra Argentina debe seguir el modelo agro exportador para que unos pocos vivan bien y el resto quede fuera del sistema -no sólo marginado sino fuera- o el modelo integrado, donde se decida tener un proyecto agro industrial, sobre todo industrial, con la incorporación del valor agregado, con buen empleo. Argentina, por superficie (es la octava superficie entre los países del mundo), por variedad de clima, recursos humanos y naturales, no puede predicar que no puede hacer esas cosas, sino todo lo contrario.

Finalmente, quiero compartir con ustedes una reflexión. Hoy estaba leyendo dos artículos en *Página/12*, uno de Ricardo Forster³, en el que explica la importancia de que la cultura, la inteligencia y la forma de pensar de una sociedad cambien. Y el hecho de que, si no cambia eso, esa mirada íntima que cada uno de nosotros tiene de querer un país diferente, muy difícilmente se puedan instalar medidas permanentes y sustentables en el tiempo.

El otro artículo se refería a un aparente detalle menor: el señor jefe de gobierno firmó acuerdos con 14 universidades privadas para permitir que los hospitales públicos atiendan a sus estudiantes⁴. El artículo habla de qué significa que vengan personas a auscultar a un enfermo sin haberle pedido autorización, obligadamente hacerlos revisar e inclusive mal medicar en muchos casos. El único argumento que podría funcionar es que ese esfuerzo sirva para formar profesionales que luego atiendan en los hospitales públicos a los sectores más desprotegidos; esos sectores que vienen de la universidad privada, que vayan a las clínicas y hospitales privados que es, en definitiva, los lugares donde van a trabajar luego.

Es la política la que va a cambiar este país, no es sólo la economía. La política en grande debe generar las condiciones para que cambiemos la forma

(3) Forster, Ricardo: "Lo espasmódico, el litigio y la política", en *Página/12*, 26/080/2008.

(4) Bruschtein, Julián. "Es un intento de recaudar, en *Página/12*, 26/080/2008.

de pensar como sociedad y se constituya en la forma de poder para llevar a cabo realmente los cambios que tiene que hacer. Porque si no, uno tendría que decir que sólo se pueden cambiar las cosas por la fuerza, y realmente la experiencia que hemos tenido hasta ahora nos indica que eso tiene un camino corto. Este otro es un camino más penoso, difícil, que nos obliga a debatir, a discutir, a pelearnos con algún amigo; pero creo que es el camino correcto y definitivo. Gracias.

Hacia un modelo de desarrollo más justo y equitativo

Carlos Heller¹

He escuchado con un enorme placer a Abraham y casi tenía ganas de dejar lo que tenía preparado. Es un profesor que sabe de economía y ha indicado tantos desafíos para tomar y perspectivas para abordar los temas, que su aporte ha sido invaluable.

Enunciaré algunas reflexiones que me iban surgiendo mientras escuchaba. Efectivamente, yo creo que el primer tema que tenemos es un tema de **valores**, y eso nos lleva a una cuestión muy de fondo, que es el **tema cultural** en su sentido más profundo. Y por eso creo que es de enorme valor que estemos haciendo esta actividad con este marco espectacular que se ha generado, en este ámbito, en el Centro Cultural de la Cooperación, nacido justamente de la preocupación del Movimiento, de sus líderes y de su referente, Floreal Gorini, por lo cultural. Muestra de ello es la frase que se ve en la puerta, una frase pronunciada por Gorini el día que se inauguró: “El avance hacia la utopía requiere muchas batallas, pero sin duda la primera es la batalla cultural”.

Es desde lo cultural, que es en definitiva la manera de entender la realidad, de donde viene la interpretación de todos los fenómenos. Yo siempre digo que cuando yo era joven, en el barrio, al que prestaba plata le decían “usurero”. Y, después, por los noventa, se le empezó a llamar “mesadinerista”.

No es un dato menor. Porque los atributos pasaron a ser “el tener”: la marca del reloj, la marca del coche, el barrio en el que se vive, la casa del country, dónde se veranea. Ya el “ser” dejó de ser importante, y lo importante fue el “tener”. Y la gente es más valiosa, o se distingue, o es reconocida, no por lo que es, sino por lo que tiene. Entonces, es más famoso un millonario mal habido que un científico sacrificado, para mencionar un ejemplo.

(1) Presidente del Banco Credicoop Coop. Ltda.

El tema de los valores es una cuestión esencial. Es a partir, justamente, de los valores que también se da el marco de esta discusión o de este análisis que nosotros intentamos compartir con todos ustedes y entre nosotros. Yo creo que lo que uno hace es un ejercicio de decir y pensar, al mismo tiempo.

Si retrocedemos hasta la dictadura militar, tenemos que recordar algunos valores culturales que se establecieron. Uno fue el que decía que éramos “derechos y humanos”; otro, el que decía: “Achicar el Estado es agrandar el país”. Y eso tenía que ver con algo esencial, cuyas consecuencias aún estamos pagando en todas sus dimensiones, ya que achicar el Estado tiene que ver con esos quince inspectores de que hablaba Abraham, tiene que ver con el desmantelamiento de los servicios públicos, con la liquidación o el fuerte golpe que tuvo la enseñanza pública, la salud pública, el sistema de servicios públicos que fue absolutamente entregado, privatizado, regalado, con la supuesta fantasía de que era el camino por el cual íbamos a llegar al bienestar.

Convencieron primero a doña Rosa de ello, y otra vez tenemos aquí la presencia de la revolución cultural. Se le dijo al pueblo: “No importa de quién es, no importa cuánto gana, no importa quién lo administra, no importa si es nacional o extranjero, no importa si es de la economía concentrada o no; lo que importa para usted es que funcione bien”.

Fue con ese discurso tan simple que se generó en los noventa algo que ni siquiera la dictadura militar pudo concretar. En realidad, uno podría decir que en ese momento se hizo todo lo que el 2 de abril de 1976 se anunció, cuando Martínez de Hoz en su discurso presentó los ejes del modelo que se quería impulsar a partir de la dictadura militar.

Ahí tampoco pudieron; necesitaron primero un consenso político, un consenso cultural, una sociedad entusiasmada y ganada por esas ideas, y desde luego no fue sólo una materia local sino que fue una gran movida internacional: eso que se ha llamado “los ejes del Consenso de Washington” -algo que empezó mucho antes, con la Comisión Trilateral, de la que ya pocos se acuerdan, pero que todavía existe y funciona-.

Para plantear la complejidad del tema, me pareció dramático -o divertido- lo aseverado en una nota que aparece en los diarios de hoy: “*Los Nobel dicen que no tienen recetas para salir de la crisis*” es el título y el texto dice: “*Alrededor de trescientos economistas, de casi ochenta países de todo el mundo, se volvieron ayer a sus hogares preocupados, tras tres días de reuniones con catorce Premios Nobel de Economía en la pequeña localidad*”

(2) La Vanguardia. “Los Nobel dicen que no tienen recetas para salir de la crisis”, en Clarín, 26/08/2008 (fragmento).

alemana de Lindau, en la ribera norte del lago Constanza, con resultados descorazonadores. Prácticamente todos los galardonados por la Academia de Suecia reconocen la complejidad de la actual crisis económica, la mala gestión de los riesgos y la falta de formación de muchos operadores financieros (...) Stiglitz dice que el origen de la actual crisis financiera es la evidencia de un error tremendo de los reguladores y supervisores de la economía. Fue un fallo espectacular de los cerebros de la economía. Había una fiesta y el regulador, que tenía el mismo pensamiento que los que participaban en ella, no quiso convertirse en un aguafiestas”².

Si uno mira hoy los números del mundo, ve una cosa extraña: las economías desarrolladas están todas en crisis; la que no está en recesión, está por entrar en ella. Estamos en discusiones técnicas acerca de si es recesión, o desaceleración; pero la verdad es que andan todas mal.

La economía mundial está traccionada por las llamadas “economías en desarrollo”: India, China, Rusia y América latina son quienes paradójicamente generan ese funcionamiento. Las globales, las que han entrado en el festival de las distintas burbujas que han construido a partir de un fenómeno de absurdo proceso de acumulación de riqueza, son las otras. Una información acerca del crecimiento de la economía de Estados Unidos que analizamos recientemente marca cómo en la economía de dicho país, especialmente en estos últimos ocho años de la gestión de Bush, con la reforma impositiva regresiva que se aplicó, los sectores ricos acumularon muchísima ganancia. Ese crecimiento que tuvo la época de bonanza de la economía norteamericana no fue aprovechado por los ciudadanos norteamericanos por igual, sino que fue aprovechado en una enorme proporción por los grandes grupos económicos, por los ricos, por el segmento alto de la economía. Es por esta causa que la concentración de la riqueza también en los Estados Unidos se agravó desmejorando en forma notable.

En general, tenemos tendencia a sacar algunas conclusiones simples rápidamente. Por ejemplo, solemos afirmar que si el precio del petróleo sigue alto, “los Estados Unidos están en problemas”. Y eso es cierto, pero no es válido para todos. En Estados Unidos hay quienes ganan mucha plata con el alto precio del petróleo, entre ellos, las petroleras.

En uno de sus discursos, el demócrata Barak Obama³ dice: “Cada vez que usted llena su tanque, las compañías petroleras se llenan los bolsillos”. Es así de sencillo: no todos pierden en Estados Unidos con el alto precio del petróleo; algunos hacen enormes y fantásticos negocios, como con la guerra.

Es por esta causa que, entre otras cosas, Obama dice que entre las medidas que va a tomar si gana va a estar la aplicación de un impuesto temporal sobre las

(3) *La Nación*, 5 de agosto de 2008, p. 3

compañías petroleras para financiar el pago de un cheque de mil dólares para cada uno de los consumidores afectados por la rápida escalada del precio.. Él señaló que la Exxon presentó la semana pasada los mayores beneficios de su historia ¿De qué lo acusarían acá a Obama si alguien llegara a plantear un impuesto a las petroleras para darles a los consumidores una devolución, por más módico que fuera? En este ejemplo se ve cómo en todos lados el tema se da igual.

En este festival de las burbujas, y tomando solamente lo que ha pasado en un grupo de grandes bancos, me pareció interesante darles algunos datos: la pérdida en el último año del valor bursátil de un grupo de los principales bancos de los Estados Unidos (los que todos vemos permanentemente: Bank of America, Morgan, Merrill Lynch, Citigroup, American Express, etc) es de 625.000 millones de dólares. Y hay que tener en cuenta que no están contados los enormes quebrantos que tienen las dos grandes compañías que han canalizado todo el gran negocio inmobiliario en los Estados Unidos comprándoles a los bancos las hipotecas: Fannie y Freddie. Estas compañías están tan quebradas que su valor en porcentaje en la actualidad es escasamente un 5% en una y el 8% en la otra, de lo que eran hace un año, tal es el valor del detrimento de los quebrantos que tienen que soportar.

Estas compañías en Estados Unidos, en general, tienen una enorme proporción de su capital en mano de personas, de fondos de pensión. El llamado “capitalismo popular” desarrollado en los Estados Unidos, entre otras cosas, ha favorecido que en muchísimos casos la gente, más que depositar en un banco, tenga acciones de compañías, compre papeles de la propia compañía donde trabaja o de otras. Los fondos de pensión, donde están los depósitos de los jubilados, de los futuros jubilados de los Estados Unidos, tienen su plata en acciones de estas compañías. Todo indica que la hipoteca que se ha establecido sobre el futuro de una buena parte de la sociedad, particularmente la de menores recursos, la que no está en condiciones de hacerse el seguro por sí misma, es sumamente grave.

La otra consideración que quiero hacer es de tono global. A pesar de que parezca un dato erróneo, la distribución de la riqueza es exactamente igual en Argentina que en Paraguay. La Argentina es inmensamente más grande que Paraguay y el Producto Bruto por habitante es mucho más grande: el de la Argentina está en 8.733 dólares, a valores de dos mil per cápita, y el de Paraguay en 1.396⁴. Entonces, cuando uno dice 15 % del ingreso, ese 15 % es más grande en Argentina que en Paraguay.

Pero desde el punto de vista de la distribución del ingreso, la renta se distribuye sin diferencias: el 40% más pobre en el Paraguay tiene el 15%; en

(4) Fuente: Cepal Panorama Social de América Latina 2007. Datos en dólares de 2.000

la Argentina el 16,9%. El 30 % siguiente, en Paraguay el 23,9% del ingreso total, en la Argentina el 23,6%. El 20 % anterior al 10 % más rico, el 26,5% y el 25,4% respectivamente del ingreso total. Y el 10 % más rico, el 34,7% en Paraguay y el 34,1% en Argentina.

Como se ve, no hay diferencias. Y eso sucede porque los modelos son parecidos, y porque no va a haber diferencias si no hay políticas públicas que hagan que las cosas sean distintas. También lo decía bien Abraham, y citaba otros tiempos donde la apuesta pasaba por el desarrollo de esa burguesía nacional que en Argentina ha sido destruida, desplazada por la economía transnacionalizada, por los grandes grupos económicos que se han quedado con lo fundamental. El Estado fue desmantelado y fundamentalmente entregado a los grandes grupos económicos.

Cuando uno habla de reconstruir un modelo, una de las primeras cosas que debería plantearse, y está incluida en nuestra *Propuesta Cooperativa*⁵, es la definición de cuál es el **sujeto social** del **modelo económico** que se quiere construir.

Para nosotros, el sujeto del modelo en los noventa estaba claro: eran los grandes grupos económicos, los sectores de la economía concentrada, los grandes terratenientes, la oligarquía, es decir, los sectores tradicionales.

¿Cuál debería ser el sujeto social de un modelo económico más justo, más equitativo, más solidario? El **sector de la Economía Social**, la economía compuesta por lo que llamamos el sector público y el sector de la economía solidaria, las cooperativas, las mutuales, etc., las pequeñas y medianas empresas, los trabajadores.

Allí tendríamos la definición de ese sujeto social que debería ser el centro hacia y por el cual se desarrollen las políticas que hagan a ese modelo más justo, más equitativo y más solidario.

Y aquí surge otra cuestión que yo quiero definir sin ninguna sofisticación ni tecnicismo. En muchas de las teorías que se discuten, lo único que hay es la defensa de intereses concretos. Los economistas ortodoxos, que defienden la disminución de la presión impositiva y la rebaja del gasto público, lo que están haciendo es defendiendo concretamente los intereses de los grupos económicos que ellos representan. Porque si aumenta el gasto público y hay que recaudar más, sólo se puede hacer afectando a los que más tienen. Es un tema simple de ecuación económica.

(5) Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, *Propuesta para construir un país con más democracia y equidad distributiva*, mayo de 2008.

Si se habla de **distribución más equitativa**, debe hablarse de algo que yo vengo diciendo desde hace bastante tiempo: distribuir es sacarle a unos y darle a otros. No hay otra manera de hacerlo. Y sólo se les puede sacar a los que tienen, no se les debe sacar más a los que no tienen. Se puede, porque es lo que se hizo, lo que pasó en todos estos años. Pero si ahora se quiere modificar en un sentido progresivo la distribución del ingreso hay que desarrollar políticas públicas que permitan revertir la situación, apropiándose de riqueza acumulada en los sectores de la economía concentrada y generando canales idóneos, eficientes y transparentes, para que esa riqueza llegue a los sectores necesitados.

Las **dos grandes formas de encarar la distribución del ingreso** desde el punto de vista de la teoría: la “redistribución primaria” y la “redistribución secundaria”.

La **redistribución primaria** se da en el proceso de producción y es la que determina qué porción del valor agregado va para los salarios y qué porción va para el capital. Puja distributiva, no es otra cosa. Y en esa puja distributiva hace falta un actor fundamental que represente los intereses de las grandes mayorías, porque son fuerzas desparejas dejadas en el libre juego de la oferta y la demanda. Debe actuar, entonces, el Estado.

Con respecto a la **redistribución secundaria**, es la que se realiza por fuera del proceso productivo a través de los impuestos, de las transferencias que les realiza el Gobierno a las familias, a través de las jubilaciones y las pensiones, a cuestiones de urgencia como han sido y son los planes Jefes y Jefas, en fin, con distintos mecanismos de transferencia, a través de los servicios públicos, como salud y educación, es decir a través de la redistribución en especie, donde también los gobiernos tienen una manera de mejorar ese proceso.

Yo estoy de acuerdo con que haya una ley que obligue al Estado a gastar el 6 % del Producto Bruto en educación; es un avance, pero también es insuficiente porque hacen falta muchas otras cosas que deben complementar este hecho, no sólo tal vez haciendo que crezca ese 6%, sino también con un conjunto de políticas que hagan de la educación una herramienta fundamental para construir un modelo de desarrollo. Y eso también tiene que ver con definir qué clase de ciudadanos queremos formar. Si en la Argentina en algún momento se dejaron de estudiar carreras técnicas, fue porque no había interés en el desarrollo de un país industrializado y se consideró que no hacían falta técnicos ni ingenieros, porque nuestra inserción en aquel mundo global no tenía nada que ver con el desarrollo de un país productivo y, por lo tanto, no hacían falta profesionales.

Definir el modelo de país al que se aspira también es un paso previo para definir el modelo de educación que ese país aspira a tener y qué tipo de personas

queremos formar, qué tipo de profesionales necesitamos. Incluso qué tipo de médicos, para atender a qué tipo de población, porque no es lo mismo el médico que tiene que atender masivamente en grandes poblaciones que los médicos rurales, y esa formación tiene que ver con los sectores sociales a los que hay que atender.

Para cambiar la distribución primaria, retorno a lo que yo creo que es el tema central en el modelo de distribución del ingreso, hay que **intervenir en el proceso productivo**. Hay que tomar decisiones sobre salarios pagados y sobre las ganancias de las empresas, que es una cosa sobre la que nadie habla, como si fuera una variable inamovible. Por ejemplo, uno escucha a los representantes de las patronales, cuando se reúnen las paritarias, y dicen: "Bueno, nosotros sólo estamos dispuestos a dar aumentos sobre la base de los aumentos de la productividad". Quiere decir que hay un congelamiento de la rentabilidad, ésta no es materia de negociación. Sólo habrá mayores ingresos si aumenta la productividad laboral, no si se mejora la distribución del ingreso, que es apropiarse de parte de la renta que el otro sector tiene.

Si no hay una fuerte participación del Estado, no hay política de distribución posible. Definir si la distribución del ingreso se realiza alterando esta distribución primaria o alterando la secundaria parece un tecnicismo, pero en realidad es un tema eminentemente político, tiene poco de técnico. La mejor distribución primaria significa ni más ni menos que animarse a discutir los márgenes de la rentabilidad empresarial. Y como decíamos antes, los ortodoxos no están dispuestos a la discusión porque defienden esos intereses; entonces hacen teorías, hacen ortodoxia y parecen unos sabios; se llenan de palabras difíciles, usan muchos términos importados para convencernos de que las ganancias no se tocan.

Estoy convencido de que la distribución del ingreso es, hoy por hoy, el tema principal, porque a partir de él sólo podemos pensar en una sociedad más justa y más equitativa. Después de la crisis se avanzó muchísimo en un montón de indicadores. Todos los indicadores macroeconómicos que hay marcan una situación de indudables fortalezas en la actualidad.

Donde no se ha avanzado es en el tema de la distribución del ingreso. El 20 % más pobre de la población que recibía el 4,5 % del ingreso total en 2004, en 2007 recibe el 4,6%. Una décima más: la distribución del ingreso no se tocó. Si la Argentina creció un 50 %, ese 4,5% es más, y la percepción de una situación de mejora es generalizada. Es más el 4 % de 150 que el 4 % de 100. Y eso también hay que entenderlo, por eso hay que diferenciar ingreso recibido, de distribución del ingreso: se trata de conceptos diferentes.

Lamentablemente, hablamos del primer trimestre de 2007 porque no hay datos actualizados sobre distribución del ingreso (ya se refirió Gak a la necesidad

de contar con institutos de estadística confiables y con datos que, gusten o no gusten, sean confiables y no se discutan). Tener un mal sistema o un sistema de medición no confiable es una mala señal y es un mal dato para la economía, para los agentes económicos y para la sociedad en su conjunto porque permite que en la puja distributiva, apoyándose en el manejo de expectativas que generan esos mismos gurús ortodoxos, las cosas se aumenten en previsión de lo que deben ser los índices que algunos dicen que son. Yo creo que el Gobierno debería generar un mecanismo eficaz y fuera de sospecha que realice mediciones; si los precios aumentan no es culpa del termómetro. El INDEC es a la economía lo que un termómetro a una persona. Y la inflación es para la economía lo que para la persona es la fiebre. La fiebre no es una enfermedad en sí misma sino un síntoma, indica que hay algo en el organismo que está enfermo. La inflación indica que algo en la economía no funciona bien, y la mide el termómetro. Si el termómetro anda mal o bien, no cambia la fiebre. Lo que no hay es una buena percepción para aplicar la medicina correcta. Los precios aumentan por culpa de los que suben los precios y no por culpa de la Secretaría de Comercio; aumentan porque quienes pueden hacerlo ven generada una posibilidad para hacerlo.

Nosotros creemos que hay que aspirar a trabajar por un modelo superador que tiene que tener la meta fundamental de mejorar la distribución del ingreso. Y esto otra vez me trae al tema de las cosas que pasaron en el llamado “conflicto con el campo”. Yo quiero encararlo en el marco de esta discusión, porque a mi juicio lo que estuvo en discusión y fue cobrando cada vez más relevancia en ese debate fue la crítica al Estado como regulador del sistema económico. Esto fue lo que se discutió, la esencia de lo que se instaló. Porque el conflicto se centró en negarle al Estado el derecho de tratar una parte de una renta alta como no se había tenido en muchísimo tiempo. Y cuando digo esto yo quiero señalar que tengo perfectamente claro que hay realidades distintas y que el campo, como pasa en casi todos los otros órdenes de la actividad de nuestro país, no es uno solo y no hay una cosa que les viene bien a todos.

Estoy convencido de que es probable que un chacarero arrendatario, por algo que voy a explicar ahora, sintiera que con esas retenciones su explotación pasaba a ser deficitaria y protestara legítimamente. Tal vez, porque no le ayudaron a ver el problema correcto. Y el problema correcto pasaba, en primer lugar, por cómo le subió el arrendamiento, es decir, el “alquiler” que tiene que pagar por utilizar esa tierra. El valor de la tierra evoluciona según el valor de la producción máxima que podría ser obtenida si se utilizaran todos los medios disponibles para explotarla, es decir según el valor de su renta potencial. ¿Cuál es el fenómeno para que una hectárea hoy valga 15.000 dólares si hace cinco o seis años valía 1.500? Como dijimos, el valor de la tierra no vale por sí misma, pues ella en términos físicos sigue siendo prácticamente la misma, tiene la

misma extensión, las mismas propiedades del suelo, geográficas, etc. La variable fundamental es el valor de la producción posible de ser obtenida allí.

La tierra tiene un valor que está directamente vinculado al valor posible de ser explotado en ella, y éste está directamente vinculado al precio de los productos que de ahí podrían obtenerse. Por lo tanto, si el precio sube como ha subido en los últimos años en la Argentina, la tierra aumenta directamente su valor en la misma proporción.

Y como los chacareros pagan el alquiler en quintales por hectárea y, además, aumentó la cantidad de quintales por hectárea que tenían que pagar por un proceso de apropiación de los propietarios de la tierra, se produce el fenómeno de que el margen de rentabilidad bruta que les quedaba a esos chacareros se achica sustancialmente y, cuando les suben las retenciones, se pueden encontrar con ese fenómeno de que la rentabilidad no da.

Pero enfocan equivocadamente, y acá hay una gran responsabilidad de los “líderes del campo”, para llamarlos de alguna manera, que en toda esta pelea no hablan del tema del valor de la renta y de la manera que ha aumentado sideralmente su valor: de 14 quintales a 18 por hectárea para la soja entre 2005 y 2007, y arrastró para otros cultivos mucho más. Por ejemplo, para el maíz aumentó un 66 % lo que había que pagar como alquiler de la tierra. El alquiler de la hectárea aumentó para la soja un 106 % en dólares y un 290 % para el maíz.

Sin embargo, esta discusión no apareció, pareció un hecho de mercado. El precio que el dueño de la tierra le fija al arrendatario es una negociación entre partes y entonces la sociedad y el Estado, teóricamente, no tienen nada que ver. Tampoco durante el conflicto apareció todo el tema de la injusta cadena de comercialización a la que están sometidos los chacareros. El papel de los monopolios, de Cargill, de Molinos, de Nidera, de General Deheza, no apareció en la discusión. El fenómeno de que se aseguraron las retenciones al 27 %, aprovechando un vicio legal, y después le compraron la producción a los chacareros descontándoles el 35 %, no apareció durante el conflicto. Recién apareció después cuando se hicieron las denuncias de esta maniobra, cuando apareció la ley Martínez Raymonda, cuando apareció la ONCCA haciendo la denuncia contra los grandes grupos exportadores.

Entonces, a mi juicio, el conflicto del campo centró la discusión en extender la idea deslegitimadora del papel del Estado como regulador de los mercados y no en ver el conjunto de factores que intervienen en el proceso de producción agropecuaria y que tienen que ver con los precios externos y los precios internos y, por lo tanto, el valor de las retenciones para desligar a esos precios externos de los internos, con la capacidad del Estado para apropiarse de renta

extraordinaria para generar mecanismos de distribución, con una buena Ley de Arrendamiento que establezca valores del arrendamiento compatibles con los precios reales de la producción, con la rentabilidad de las distintas explotaciones y el conjunto de medidas diferenciadas, de segmentación en la medida que hubiera sido necesario aplicar, para poder llevar adelante una política efectiva de apropiación de riqueza, o de apropiación de renta extraordinaria y de transferencia a los sectores sociales necesitados, sin que eso signifique que algunos sectores de la producción agropecuaria queden en una situación de inviabilidad por el tamaño de sus producciones o por su carácter de arrendatarios.

El otro tema está vinculado a la intervención del Estado en el proceso de la **distribución funcional**, de la protección del trabajo y del salario como principal fuente de ingreso de la población. En ese aspecto, nosotros pensamos que además de intervenir para lograr un nivel salarial justo, existe el problema de controlar la informalidad.

En la Argentina, cuando hay paritarias, son con suerte para dos tercios, para el 60 % de los trabajadores o menos. El otro 40 % tiene que ver en qué situación queda. Y también hay atraso del sector pasivo, que también son trabajadores, aunque en el caso del trabajador en negro es aún más grave, porque no sólo gana menos sino que no tiene acceso a la seguridad social. Y esto es, otra vez, una enorme hipoteca hacia el futuro. Los ortodoxos acusan a este Estado de haberle dado una jubilación mínima a más de un millón de personas, que en realidad eran trabajadores en negro sin seguridad social. Y a este treinta y tanto por ciento de población que hoy no tiene acceso a la seguridad social, en algún momento el conjunto de la sociedad deberá volver a auxiliarlo, porque si no esa gente se va a morir, va a quedar absolutamente excluida y marginada, porque no tendrá acceso a las cuestiones elementales que necesitará.

A esto se suma un tema más amplio, que también formó parte de los temas de 1990 y de 2000: el de la **flexibilidad laboral**. Se sostuvo que para tener empleo había que flexibilizar, que teníamos desempleo porque teníamos una legislación laboral que protegía demasiado a los trabajadores. Eliminar protección para los trabajadores se veía como una solución. Todo lo que pasó, la corrupción que generó y la crisis política que derivó, el escándalo de la manera que se llevó adelante el tratamiento de la ley de flexibilidad laboral, se compadece con los objetivos que esa ley propiciaba.

El tema de la cuestión laboral es un tema complejo, difícil. Pero hay un indicador, y por eso lo quiero traer a cuento, porque habla también de la precariedad en la distribución del ingreso, que es el índice de fragilidad laboral, que calcula el Ministerio de Trabajo. Este índice de fragilidad laboral mejoró entre 2003 y 2006, que es el último índice publicado.

El índice de **fragilidad laboral** mide el comportamiento de tres situaciones conflictivas: desocupación, pobreza e ingresos y precariedad laboral. Esta última, precariedad laboral, es entendida como déficit en la calidad del empleo.

El Ministerio de Trabajo dice que el índice de fragilidad bajó. Pero bajó, en primer lugar, porque hubo una significativa baja en el desempleo. Muy poco por la baja en las condiciones de pobreza y de ingresos, casi no cambió. Y la precariedad laboral, inalterable, continúa igual a como estaba en el 2003. Esto habla claramente de las condiciones laborales y de cómo esa baja del desempleo, si bien es un muy buen indicador de la mejora social, informa sólo una parte de la situación.

Para medir la precariedad laboral hay cuatro parámetros. El primero es el **nivel de subempleo**, es decir, gente que tiene trabajo pero que desea trabajar más. Y eso significa que su trabajo no colma sus expectativas o sus necesidades, no trabaja la cantidad de horas que cree que puede trabajar o necesita. Esto disminuyó bastante, desde la crisis hasta los últimos datos de 2006.

Otra de las cifras que se mide es la **cantidad de jefes de familia desempleados sobre el total de desempleados**, y esto también tuvo una mejora. La tercera, es la **cantidad del empleo no registrado**, que mejoró poco, insuficientemente. La cuarta condición de precariedad aumentó bastante: es la **tasa de sobreempleo**. Con la salida de la crisis aumentó la cantidad de gente sobreempleada, que alcanza a un tercio de la fuerza laboral total.

Es decir, que por un lado tenemos trabajadores en negro, por otro lado tenemos desempleados, por otro lado tenemos trabajadores que no llegan a trabajar la cantidad de horas que aspiran a trabajar, y por otro lado tenemos un tercio de la fuerza laboral, según el indicador del Ministerio de Trabajo, que está sobreempleado y que trabaja más horas de las que debería trabajar.

Un tercio de trabajadores sobreempleados no es un dato menor. Es un dato grave, porque se está afectando la calidad de vida. Es decir, gente que necesita dedicar más horas para lograr un nivel de salario que le permita cubrir sus necesidades y no lo obtiene por vía del salario que le corresponde en la jornada normal de trabajo, sino que necesita agregarle horas de trabajo adicional. El empleador prefiere pagarle más e incluso horas extras a ése, que tener un nuevo trabajador incorporado a su nómina.

No me he desviado del tema. Estoy hablando de distribución del ingreso. Porque lo que indican estas estadísticas es que gran parte de los ingresos percibidos por los trabajadores en estos últimos años se han dado por un aumento de la explotación laboral y no por mejoras reales en las escalas salariales.

Esta situación también afirma la idea de una mala distribución del ingreso y aunque no aparece en la medición convencional, que impacta en el bienestar de los trabajadores y el de sus familias: si las personas tienen que trabajar más horas para lograr ese ingreso, se lo están sacando a otras actividades que tienen que ver con la vida familiar, recreativa, de esparcimiento, la educación, la formación, etc.

El desarrollo de una política protectora amplia que aborde estas cuestiones es indispensable y esto requiere formulaciones desde el Gobierno y, más ampliamente, yo diría desde el Estado, definiendo al Estado como a los tres poderes: el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial.

Quiero darles también algunos datos sobre la **asignación del gasto público**. Se habla de la necesidad de bajar el gasto, pero en realidad nosotros tenemos que pedir aumentarlo y gastarlo bien. Además, tiene que haber transparencia; si no la hay, debemos impulsarla. Si hay corrupción, hay que combatirla. La vida ya nos demostró que no se resuelve nada achicando el Estado, sino, en todo caso, creando un Estado diferente, más amplio, más participativo, más democrático, donde los dueños del Estado, los ciudadanos, tengamos opción de participación más directa.

A nosotros se nos ocurrió, por ejemplo, y lo decimos en la *Propuesta Cooperativa*, y se lo hemos dicho a algunos legisladores en este debate que hay en la reestatización de Aerolíneas, idea con la que estamos desde luego absolutamente de acuerdo, que sería una buena oportunidad para poner en marcha un modelo de gestión estatal diferente, más eficiente y más participativo a través de mecanismos de plena participación de los trabajadores de la empresa, de los usuarios de la empresa. Comités de usuarios que tengan que ver con la gestión, que la empresa pública no sea un ámbito de un grupo de burócratas que toman decisiones, sino comités multidisciplinarios donde intervengan los distintos sectores de la sociedad y estén allí representados y opongan intereses.

Una compañía como Aerolíneas Argentinas, fundamental para un país de la extensión territorial de la Argentina, ¿cómo no va a tener un Consejo Provincial Asesor que tenga que ver con las decisiones en materia aerocomercial que tome la compañía? Entonces, seguramente, vamos a crear mecanismos de oposición, de transparencia, como las sindicaturas en manos de los opositores, todos los mecanismos que se pueden crear y que están a disposición, y que pueden asegurar prácticas mucho más eficientes para luchar contra un fenómeno indudable que existe que es el de la corrupción, que no existe solamente acá y que no es patrimonio de lo público, porque nunca hay que olvidarse de decir que en la otra punta de cada corrupto público hay un privado que corrompe: esos grandes grupos económicos, grandes empresas. Y si no, recuerden todo lo que pasó en el proceso de privatizaciones.

La asignación del gasto público es esencialmente un instrumento distribuidor, tanto de dinero como de especies, y en esta tarea, nosotros creemos que hay tres **líneas de acción esenciales para mejorar la distribución del ingreso**.

La primera, por lejos, **el importe de las jubilaciones y pensiones**. Se está por discutir la movilidad, que es un largo reclamo de los sectores pasivos y de la sociedad en su conjunto. Es una vergüenza lo que se ha hecho con los jubilados. Durante toda la época de los noventa estuvieron congeladas las jubilaciones, que fueron llevadas a valores absolutamente insignificantes, ante un sector que no tiene una herramienta de protesta como la huelga. Un abuso absolutamente insoportable.

Los que dicen que no hay que gastar y que ahora están preocupados, es porque para poder gastar hay que sacarles a los que tienen; entonces defienden que no se gaste para que no se vaya sobre los que tienen. Porque claro, cada 1% de aumento a las jubilaciones significa una erogación de 600 millones de pesos anuales. Es decir, que para aumentarle un 10 % a los jubilados hacen falta 6.000 millones de pesos. Y hay que conseguirlos de algún lado. Por eso aparece el tema de la reforma impositiva.

Por otro lado, decía Gak que el **nivel de indigencia debe ser cero** y lo comparto, pero yo voy a ser más audaz que él, nosotros decimos pobreza cero. En la Argentina, el único indicador de pobreza aceptable es cero. No hay ninguna razón para que un país inmensamente rico y escasamente poblado como la Argentina tenga pobreza, octavo territorio del planeta, cuarenta millones de habitantes, todos los climas, todos los cultivos, todo lo que sabemos, capaz de producir alimentos para trescientos, algunos dicen para quinientos millones de personas, si el plan agropecuario del que nos habla Cheppi es posible..

Es una obligación de dignidad tener como objetivo que el único nivel aceptable de pobreza en Argentina sea cero. No es fácil. Un subsidio a las familias para que llegue a todos los niños y adolescentes indigentes, que alcanza a dos millones de personas de acuerdo a las últimas cifras, que son un tanto viejas porque son de fines de 2006: 150 pesos por chico, 3.600 millones de pesos anuales. Hay que recaudarlos de algún lado. Todos los chicos y adolescentes pobres, no importa si el padre trabaja en blanco o negro, recibirían 150 pesos; 9.500 millones de pesos anuales. Hacen falta casi diez mil millones de pesos por año para darle a cada chico y adolescente pobre un subsidio de 150 pesos, que sería una cuestión mínima para asegurarle la alimentación adecuada, etc.; nadie dice que eso sea fácil, repito.

La tercera línea de acción debe tener la **orientación del gasto hacia salud y educación**, y creo que todo lo que podamos decir sobre esto es compartido.

Obviamente, para hacer esto hacen falta recursos y una de las notables fallas que tiene el modelo actual, como ha señalado también Abraham, es que no se ha encarado una profunda **reforma tributaria**.

La reforma tributaria es una de las principales herramientas redistributivas del ingreso y además es una herramienta de fuerte impacto en la actividad económica. El sistema actual, el heredado de los noventa, tiene un pronunciado sesgo regresivo, penaliza el consumo. Es decir, los que menos tienen son los obligados a un mayor esfuerzo tributario. El que gasta todo en comida es el que más paga impuestos en relación a su salario.

La estructura tributaria actual también impone un freno al desarrollo de las actividades productivas, por las enormes tasas del IVA, por la persistencia de impuestos como el que grava a los débitos y créditos bancarios. Se requiere una estructura de recaudación equitativa que instale el concepto de igualdad de sacrificio. No es lo mismo sacarle el 20 % a un trabajador que gana 1.000 pesos que sacarle el 20 % a un empresario que gana veinte millones.

Por eso se habla de progresividad en el impuesto. Por eso hay que hacer una reforma profunda que grave, no los consumos, sino lo que es gravable; lo gravable es la riqueza y la ganancia, dos cosas que están a la vista. Algunos dicen que la gordura y la riqueza son las dos cosas más difíciles de ocultar. Sólo hay que tener voluntad. La gordura se ve, la otra hay que tener voluntad de ir a buscarla.

Hay que rediseñar el impuesto a las ganancias. Está muy bien que se quiera aumentar el mínimo no imponible, porque es una grosería, acá se ha hecho lo contrario. La Argentina es el país de los absurdos. No está gravada la renta financiera, pero pagan IVA los intereses de los créditos; sin embargo, si usted tiene acciones, bonos, rentas financieras de lo que sea, eso no está gravado, no entra en su declaración de impuesto a las ganancias, usted no lo rinde. El impuesto a la herencia y el impuesto a las rentas financieras los derogó Martínez de Hoz. Otra de las cosas que se hicieron en los noventa, en la reforma, fue eliminar el concepto de la renta financiera. En realidad, no hay que gravar la renta financiera sino que hay que eliminar el hecho de que un trabajador pague renta por su trabajo personal pero no la pague si tiene intereses o tiene acciones o si transfiere una compañía. La ganancia producto de la transferencia del paquete de acciones de la compañía no está gravada, y ésa es una de las paradojas de nuestro modelo tributario y que lo hacen injusto, regresivo y que requiera ser reformado.

No voy a hablar de los detalles, pero la idea es que hace falta una reforma que grave a los que más tienen. Pongo como ejemplo el tema de la

renta minera. El volumen de las exportaciones mineras de 2005 y de 2007 es exactamente igual a la cantidad de kilos. Sin embargo, el precio casi se duplicó: 80%. No se puede gravar porque en los noventa se estableció un código minero que le dio exenciones vergonzosas a las compañías multinacionales para establecerse. Se están llevando nuestros minerales, están destruyendo las poblaciones, están contaminando y no están pagando impuestos. Tienen un canon del 3%, que es ridículo frente a una ganancia monumental. A través de una profunda reforma impositiva, hay muchísimo para gravar en la Argentina que afecte a los que hay que afectar: a los que más tienen, a los que han acumulado, a los que han sido beneficiados por los noventa. Cambiar el modelo no es solamente haber salido de la convertibilidad, es anular toda la legislación, conceptos y cultura que, desde el golpe militar y en los noventa, se nos ha instalado y que parece que estuvo siempre. Eso es mentira, sólo está desde hace unos años y es posible volver hacia atrás, sólo hace falta voluntad política y ciudadanos dispuestos a participar para exigir que se haga.

Creo que estamos en un momento excepcional, que la región está pasando por un momento extraordinario, no podemos dejar de cerrar con una breve referencia. Tal vez como nunca vivimos una etapa de procesos de cambios en la región, de tonos distintos, de realidades locales distintas pero apasionantes. Y ese proceso abre el camino para una cuestión básica para ir hacia un modelo de desarrollo más justo y equitativo, que es la **integración entre parecidos**, entre iguales. América del Sur, adecuadamente integrada, tiene todo lo que necesita para ser una región de bienestar pleno: alimentos, energía, territorios en abundancia, climas ideales. Hoy observamos un amplio espectro de voluntades políticas dispuestas a avanzar. Por eso, contrariamente a muchos predicadores neoliberales, cuando escuchamos hablar del Banco del Sur nos ponemos contentos y aplaudimos: ¿por qué no tener reservas propias en un instituto propio manejado por nosotros y que financie nuestros propios proyectos de desarrollo regional? ¿A quién no le gusta que tengamos un oleoducto o un gasoducto que venga de Caracas a Buenos Aires? A los que no quieren que seamos autónomos y que podamos resolver nuestros propios problemas. Nosotros tenemos que estar a favor de todos esos proyectos, porque en ellos está el destino de nuestra autonomía, el sueño de nuestros próceres y la felicidad de nuestros hijos. Muchísimas gracias.